

## «JICOTENCAL»

UNA NOVELA HISTORICA HISPANOAMERICANA  
PRECEDENTE AL ROMANTICISMO ESPAÑOL

P O R

JOSE ROJAS GARCIDUEÑAS

MUCHAS son, hasta hoy, las lagunas que ofrece la historia de las literaturas hispánicas y no pocos, también, los casos en que la paternidad o la ubicación de un texto literario son de tal modo inciertos que, a pesar de los análisis de los especialistas, la resolución última de tales problemas parece quedar pendiente de alguna afortunada contingencia que dé nuevos datos, cuando el examen de los ya conocidos ha probado ser insuficiente.

Entre tales casos se encuentra el de una pequeña novela anónima que lleva por título el nombre de uno de los héroes indígenas vencidos en la Conquista de México, obra casi desconocida pues apenas uno que otro investigador demuestra haber tenido de ella conocimiento directo y eso únicamente especialistas tan enterados como Pedro Henríquez Ureña, John Lloyd Read y Enrique Anderson Imbert. Otros han hecho solamente alusiones, a veces totalmente equivocadas, indudablemente por no haber tenido la oportunidad de haber visto la novela en cuestión pues el libro es raro; Read dice que un ejemplar existe en la García Collection, en la Biblioteca de la Universidad de Texas y que lo consigna el catálogo del British Museum; y supongo que, como casi nadie ha llamado la atención de los curiosos respecto a dicho libro no se ha registrado la existencia de otros ejemplares pero que algunos se encontrarán, y pienso que ello será especialmente en las ciudades de Filadelfia y de Nueva

York que fueron su cuna y su original centro de distribución. Yo he visto y releído el ejemplar que existe en la Biblioteca del Museo Nacional de Historia de esta ciudad de México.

A pesar de ser tan reducido el número de referencias que hay en torno de dicha novela, ellas presentan entre sí diferencias de apreciación en cuanto a importantes aspectos de la crítica y respecto a la posible nacionalidad o procedencia del autor, y tales referencias están dispersas en tres o cuatro estudios de fechas muy diversas. Puesto a considerar todo eso: la rareza del libro, las diferencias de juicios, en fin, el escasisimo conocimiento que de este problema tienen no solamente los lectores comunes de nuestras literaturas sino hasta quienes tienen cargo de enseñarlas o de hacer su valoración o su historia; por todo ello he llegado a tener la convicción de que probablemente será de utilidad un estudio que dé cuenta de lo que se ha dicho y una información amplia y detallada de la obra misma, aunque para ello requiera citas considerablemente extensas, que si son inútiles para los pocos que han leído el libro, serán de provecho para quienes no pueden hacerlo y, finalmente, mis propias conclusiones que, como se verá, distan mucho de ser definitivas y en verdad que agregarán muy poco a lo que ya de superior manera dejó escrito Henríquez Ureña.

\*

La obra en cuestión comprende dos tomos de tamaño pequeño, 13.5 x 8 cms., que en el ejemplar consultado están encuadernados en un solo volumen.

La portada dice así:

JICOTENCAL. / TOMO PRIMERO. / FILADELFIA: / IMPRENTA  
DE GUILLERMO STAVELY. / 1826.

a la vuelta, pág. 2 s. f., el Copy Right, muy extenso al uso de la época en los Estados Unidos. En la página 3, dice:

SE ENCONTRARA EN FILADELFIA. / En casa del Señor F. Merino,  
profesor de / lengua castellana, en el Instituto de Frank— / lin;  
y en la del Señor J. Laval, No. 118, / Chesnut street. / Y EN  
NUEVA YORK. / En casa de Lanuza y Mendía, No. 3, Varick /  
street.

Ese mismo aviso se repite, idéntico, en la página 225, s. f., al final del primer tomo, el texto del cual va de la página 5, s. f., a la 224, dividido en Libro I, II y III.

La portada del segundo tomo es en todo semejante a la del primero y repite el Copy Right igual al anterior; el texto va de la página 5, s. f., a la 247, dividida en Libro IV, V y VI. En la página 248, s. f., última de la obra, el siguiente anuncio, que transcribo porque pudiera ser de utilidad a futuras investigaciones:

Libros de fondo que se encuentran en / casa de Lanuza y Mendía de Nueva / York.

*Diccionario filosófico de Voltaire*, traducido por C. Lanuza, 10 tom. en 18º. N. York 1825.

*Cuentos y Sátiras de Voltaire*, puestos en verso castellano por M. Domínguez, un tom. en 18º. N. York, 1825.

*El Vicario de Wakefield*, por el Dr. Goldsmith, traducido por M. Domínguez, un tom. en 18º. N. York. 1825.

*Vida de Jorge Washington*, por Ramsey, 2 tom. en 18º. N. York. 1825.

*Compendio de la historia de los Estados Unidos*, un tom. en 18º. N. York. 1825.

*Auxiliar Vocabulario de bolsillo español-inglés*, por J. L. Barry, un tom. en 16º. N. York. 1825.

*Fábulas de Samaniego*, un tom. en 18º. N. York. 1826.

*Fábulas de Iriarte*, un tom. en 18º. N. York. 1826.

*Ortografía de la lengua castellana*, por la Academia española, un tom. en 18º. N. York. 1826.

*Jicotencal*, 2 tom. en 18º. Filadelfia 1826.

#### En Prensa,

Vida de Benjamin Franklin, escrita por él mismo.

Clotilde, o el Médico Confesor, por Víctor Ducange.

Pérsiles y Sigismunda, última obra de Cervantes.

También se hallará un gran surtido de libros españoles antiguos y modernos, y toda clase de encuadernaciones.

El asunto de la novela es doble: hay una trama amorosa, que en conjunto es débil y claramente utilizada por el autor solamente para

urdir la novela pero sobre ella va el tema político que, a todas luces, es no sólo el mensaje sino el objeto verdadero de la obra. La trama pasional puede resumirse así: Teutila y Xicoténcatl<sup>1</sup> el joven, se han encontrado accidentalmente y en ambos ha nacido un mutuo amor que se ve estorbado por circunstancias políticas de la República de Tlaxcala; es en tal momento cuando llegan los conquistadores españoles y de ahí el conflicto empieza a formarse hasta quedar tramado de esta manera: Hernán Cortés, en cuanto ve a Teutila la desea y quiere hacerla suya, persiguiéndola a través de toda la novela en todas formas y, por lo mismo, tratando de eliminar a Xicoténcatl el joven hasta que logra hacer que se le aprehenda, se le juzgue y muera en el patíbulo, pero sin conseguir a Teutila. Por otra parte, Diego de Ordaz se enamora de Teutila y cultiva ese amor, decididamente romántico, al mismo tiempo que el afecto y la amistad, con alternativas, por Xicoténcatl jr. Además, como subtrama, Doña Marina, amante de Cortés, cobra gran amor por Ordaz pero éste la desdén y la menosprecia. Como se ve, el centro de la trama pasional es Teutila, en quien confluyen tres pasiones amorosas de diverso matiz: la de Xicoténcatl que es correspondida, la de Hernán Cortés, pintada como sensual, baja y repugnante, y la de Ordaz, idealizada y romántica. Si únicamente en eso consistiera el asunto de esta novela podría equipararse, en ello, a cualquiera de las novelas románticas ya abundantes en este tiempo en muchos países fuera de la, ya por entonces, retardada España y de sus posesiones americanas de incipiente cultura propia.

Pero también existe, como dije, un tema político cuyo personaje principal es Hernán Cortés: aliados suyos son Maxiscatzin, en Tlaxcala, y Moctezuma en Tenochtitlan, que están con él por motivos diferentes pero que tienen el común denominador de ser todos unos tiranos, crueles, desleales, cobardes y, en fin, asuman los papeles de villanos sin atenuantes ningunos; en el bando opuesto están los héroes del relato que son, como principales, los de Xicoténcatl: el viejo, figura venerable de la prudencia, la natural sabiduría, la nobleza, la sinceridad; y su hijo, que es la personificación de la generosidad, el valor y, desde luego, el paladín de las libertades públicas de su nación contra la tiranía ancestral de Tenochtitlan y contra el sojuzgamiento de los nuevos y peores tiranos que son los conquistadores españoles.

Todo eso, en los seis libros (tres en cada tomo) que forman la novela, está compuesto según la estructura que puede resumirse así: el libro 1

---

1 El autor escribe *Jicotencal*. En este resumen he preferido usar la ortografía correcta de los nombres indígenas.

(pp. 5-80) comienza presentando el ambiente y la situación: antecedentes de Tlaxcala en vísperas de la conquista, arribo del enviado de Cortés pidiendo paso y alianza y, luego, presentación de los dos Xicoténcatl y de Maxiscatzin; son casi 50 páginas en que predomina el aspecto de lo político; en seguida se presenta a otros personajes: Diego de Ordaz, Teutila, luego a Cortés y a otros; inicia el conflicto por el amor de Ordaz a Teutila, aunque incipiente pero que se agrava con el deseo de Cortés por Teutila, en contraste con el amor de ésta y Xicoténcatl jr., pero la acción es escasa pues casi todo ello no se ve sino que se sabe por relatos; trata, luego, de la felonía con que está procediendo Maxiscatzin y, al final, Cortés, aun en la frontera, decide marchar sobre Tlaxcala. El libro II (pp. 82-154) se inicia con los primeros combates de tlaxcaltecas y españoles y las intrigas de Maxiscatzin; presentación de doña Marina y su amor por Ordaz; hay nuevos combates y Maxiscatzin arregla la paz evitando que sean vencidos los españoles; doña Marina seduce a Ordaz y Cortés trata de hacerlo con Teutila pero lo impide doña Marina; los españoles entran en Tlaxcala, elocuentes discursos de Xicoténcatl sr. y de Cortés; Teutila sigue prisionera de Cortés. En este libro la construcción es mejor que en el precedente, alternando los episodios de la trama pasional con la política. El libro III (p. 155-224) está consagrado, casi exclusivamente, al progreso de la trama amorosa y a exhibir la doblez, la violencia, la tiranía y engaños de Cortés y la falsedad de doña Marina, en contraste con las virtudes de Teutila, de ambos Xicoténcatl y de Ordaz; termina con la salida de los españoles de Tlaxcala para Cholula. En el tomo segundo, el libro IV (p. 5-83) presenta a Moctezuma tanto por referencias que de él hacen otros personajes como por la propia actitud del monarca en los sucesos históricos desde la entrada de Cortés en México hasta la matanza del Templo Mayor. La trama amorosa ofrece el casamiento de Xicoténcatl jr. y Teutila y luego prosigue sin avance notable, pues sigue Cortés pretendiendo el amor y la posesión de Teutila y ésta rechazándolo y huyéndole; hay en Xicoténcatl jr. celos ocasionales e injustificados, que luego se apagan, aclarando el error que los causara, y sigue Ordaz cultivando su amor romántico. En cuanto a ideas, continúan los ataques y dictérios a Cortés y a los conquistadores; digna de nota es la polémica, a la que más tarde me referiré en detalle, entre Xicoténcatl sr. y fr. Bartolomé de Olmedo, en la que el primero, con argumentos racionalistas derrota al fraile. El libro V (p. 85-188) enfoca de modo casi exclusivo la trama política: Cortés regresa a Tlaxcala después de la Noche Triste, se relatan la ma-

tanza de nobles indios en el Templo Mayor, la lucha y la derrota de los españoles en México; por intrigas de Cortés y de Maxiscatzin el Senado Tlaxcalteca quita el mando de su ejército a Xicoténcatl jr. Se contraponen, ejemplarmente, la muerte desesperada del traidor Maxiscatzin y la muerte beatífica del justo y noble Xicoténcatl sr. Por otra parte, Ordaz ya francamente descontento quiere retirarse del servicio de Cortés y éste lo envía a España como su representante, con lo cual se resuelve la acción secundaria que en torno a Ordaz se había construido. El ejército español y el tlaxcalteca salen de Tlaxcala para sitiar la ciudad de México-Tenochtitlán. El libro vi (p. 167-247) refiere la conspiración de Villafañá, con citas del cronista Solís, y el conspirador es ahorcado, lo que se aprovecha para nuevas invectivas del autor de la novela contra Hernán Cortés, figura cuyos negros tintes se acentúan en seguida al mostrar las perfidias del conquistador que, para perder a Xicoténcatl, lo constriñe a desobedecer una orden militar pérfida que inmoviliza al jefe tlaxcalteca y a su tropa hasta dejarlos casi perecer de hambre y entonces son atacados, Xicoténcatl herido cae prisionero, se le carga de cadenas, se le atormenta y entre insultos es llevado al cadalso, en Texcoco, todo ello por maquinaciones y órdenes de Cortés. Teutila, al saber de la prisión y muerte de su marido va de Tlaxcala a Texcoco decidida a dar muerte a Cortés; logra verlo, pero antes ella ha tomado un veneno de acción lenta para no sobrevivir a su venganza; un suceso fortuito retrasa la entrevista y así, cuando llega a presencia de Cortés el veneno hace su efecto: Teutila cae falta de fuerzas y presa de convulsiones, deja caer el puñal sin poder herir a Cortés y muere en presencia de él reprochándole sus crímenes. Ante eso, doña Marina pide a Cortés cambie su conducta y “se vuelva a la virtud”, abandonando sus proyectos, su ambición y sus delitos; Cortés duda: «tienes razón, Marina...; cuánto cuesta ser el vencedor! Si antes de empezar esta carrera pudiese uno prever los disgustos y espinas que la siembran, difícil sería que nadie se atreviera a comenzarla, pero ¡es tan duro retroceder!»; entonces fray Bartolomé de Olmedo lo llama al arrepentimiento sin obtener éxito feliz. La novela termina con estas frases que dice Cortés, recobrando su serenidad y superioridad ordinarias: “Acabemos, amigos; esta dolorosa escena es ya demasiado larga. El camino que conduce al templo de la fama tiene grandes tropiezos y por lo mismo es tan glorioso vencerlos. Quizás es más dulce vivir tranquilo y sosegado en un rincón, pero mi destino no es éste. Mañana salimos para México.”

Todo este final bien pudiera ser el de un drama romántico y, sin prejuzgar ni presuponer nada, no puedo menos de apuntar un cierto

sentido de lo teatral en el autor, quien quiera que fuere, pues fácilmente se advierte en el final de cada uno de los seis libros que terminan, todos, con el propósito y suspensión de una acción, exactamente como si fuesen finales de actos de una pieza teatral.

Si de la estructura me he ocupado ampliamente, en cambio, del ambiente poco hay que decir. Toda la novela, salvo las referencias a sucesos foráneos, se desarrolla en la región de Tlaxcala, pero en un bucolismo idealizado al modo neoclásico (p. 34) ocasionalmente intercalado de escenas aparatosas y románticas: "Los relámpagos cruzan el aire en todas direcciones; las nubes casi sobre su cabeza oscurecen enteramente el horizonte; el agua cae a torrentes y a los pocos pasos un caobo tan antiguo como el mundo estalla y se incendia por el fuego de un rayo..." (I, p. 42). Hay anacronismos de poca monta y la topografía descrita apenas si recuerda la verdadera; pero no es posible juzgar si ello se debe a desconocimiento de la realidad o a la ya aludida idealización propia de la escuela neoclásica del siglo XVIII que tanto influye en el autor, lo cual impide juzgar de su procedencia por el tratamiento arbitrario del ambiente. La única fase no idealizada son las referencias históricas, casi siempre tan generales que más bien son alusiones. Es cierto que en la página 14 del primer tomo una nota al pie dice: "Todo lo que en discurso de esta obra irá escrito en letra cursiva, será copiado literalmente de la Historia de la conquista de México por don Antonio Solís, que es el escritor más entusiasta de las prendas y méritos de Hernán Cortés", pero tales citas son muy contadas y lo único que demuestran es el gusto retórico del autor; así la arenga que ante el Senado de Tlaxcala pronuncia el enviado de Cortés pidiendo se reciba de paz a los españoles y se les permita el paso (I, pp. 14-18) y luego la arenga de Maxiscatzin apoyando tal petición (I, pp. 17-21); otra cita, censurando la codicia de los conquistadores (I, pp. 37-38); y en el tomo II también para citas textuales elige fragmentos de mensajes de los embajadores (II, p. 101) o para alguna de las arengas de Xicoténcatl jr. (II, pp. 102-103); refiere la matanza del Templo Mayor sin cita textual, pero con una nota al pie que dice: "En la relación de este hecho se sigue al venerable fray Bartolomé de las Casas." (III, p. 105.)

De los personajes no se esperen complejidades ni matices, no son caracteres sino tipos, a pesar de la individualidad de los nombres históricos muchos de ellos están vistos a través de los lentes que polarizan en cada uno ciertas virtudes o determinados vicios y lo demás no lo percibe el autor; tal enfoque es arbitrario y puede tacharse de injusto pero así lo

vió el autor y lo consagró en sus páginas. De Hernán Cortés se dice que “es un joven de gallarda presencia, de talentos muy despejados y de un valor singular” (I, 82), pero es feroz y cruel: “hizo mutilar a los soldados tlaxcaltecas y después de haberles hecho sufrir el tormento de cortarles las orejas, las narices y los dedos de las manos y de los pies, tuvo la crueldad de enviarlos así a su general...” (I, 122). Es cierto que era valiente a toda prueba, pero Ordaz lo llama hipócrita en cuanto a su religión. Cortés se muestra violento, pero se controla y se domina; priva en él la ambición: «... las pasiones más violentas ... cedieron a su ambición insaciable y el placer de la venganza fue sacrificado a la lisonjera perspectiva que presentaba su plan de conquista. La política y el disimulo recobraron su acostumbrado dominio...» (I, p. 205). Más adelante, al tratar de las ideas políticas y sociales se verá un poco más de los negros tintes que el autor recarga en este personaje al que hace casi un símbolo de la tiranía, la perfidia, la abyección y la violencia, personificando en él todo lo que de repulsivo y odioso tuvo la conquista, sin que haya casi un solo matiz positivo ni en el personaje ni en la facción o clase que representa.

Acaso dándose cuenta del exceso de negrura en los perfiles de quienes hicieron y representaron la conquista, el autor quiso aliviar un poco el cuadro presentando en Diego de Ordaz al español generoso y bien intencionado: “Era Diego de Ordaz un joven de buena presencia, de talento claro y sólido, y de un corazón recto y justo...” (I, p. 33); pero en realidad no lo contrapone a Cortés pues lo deja casi al margen de la trama política, que es la principal, y lo utiliza solamente en la secundaria, con su romántico amor por doña Marina hasta que, herido por la crudeza y falsía de ella y por el odio de Cortés, se retira de la escena huyendo a España después de sus esforzadas hazañas entre las cuales está la histórica ascensión al Popocatepetl.

Como en toda obra en que los personajes son tipos y no caracteres, al “villano” (como es hoy usual denominar al que personifica lo negativo) debe contraponerse el “héroe” que, en esta novela, es el que le da su propio nombre: Jicoténcal, es decir, Xicoténcatl el joven, el ilustre capitán tlaxcalteca, que ha conseguido mandar el ejército de su patria, según el autor: “... por sus talentos militares, sus buenas prendas, y su puro y desinteresado patriotismo... obtiene, aunque tan joven, la preferencia sobre los demás candidatos...” (I, p. 11-12). Es un personaje sin mácula, todo valor, heroísmo, sencillez, sinceridad, lealtad, generosidad, amoroso, patriota, respetuoso con su padre... en fin, un dechado de vir-



tudes privadas y públicas, y el autor lo consagra con un epíteto que, dentro de la ideología de la novela y de quien la escribió, saturado del pensamiento de la "ilustración", se comprende que así condensa su elogio máximo, consagrando a su héroe al llamarlo "¡valiente y honrado republicano!" (II, p. 60).

Muy en segunda fila, aunque parezca a primera vista extraño, pero en rigor muy lógico en la estructura del libro, apenas se esboza a Cuauhtémoc, con su nombre castellanizado en Guatimozin, mencionándolo como un... "joven de un valor y de un patriotismo a toda prueba y cuyo generoso desinterés ha justificado su elección..." (II, p. 113), en el momento en que acaba de asumir, para cumplir su trágico destino, la jefatura del agonizante imperio mexicano.

El senador o cuadrunviro de Tlaxcala, Xicoténcatl el viejo, es una figura austera y majestuosa, sereno y puro, como un ideal Catón patriota y de mentalidad serena y fuertemente racionalista, como luego veremos al citar su discusión con el Padre Olmedo. En cambio, Maxiscatzin, su rival y enemigo en el Senado de Tlaxcala, es una figura llena de perfidia; entre sus antecedentes está el de que cierta vez quiso violar a una joven, parienta de Teutila y al no conseguirlo, por venganza propaló una calumnia por la que Tlaxcala declaró injusta guerra a la provincia de Zocohtlan (¿Zacatlán?); y este ambicioso y egoísta prevaricador sigue adelante en su criminal conducta de tal modo que el autor lo califica de "monstruo" (I, p. 72) y al presentarlo entregando su país al conquistador extranjero y traicionando sus propias instituciones, le llama con el peor calificativo que encuentra: "patricida" (I, p. 70).

Para Moctezuma tiene una simpatía inicial, y este es un detalle mínimo pero de interés, que inclina a favorecer la hipótesis de que el autor haya sido un mexicano pues que aun en los personajes nefastos, cuando han sido relevantes en nuestra historia los mira con menos acrimonia, pues dice que en principio "Moctezuma era virtuoso, de un corazón recto y de una grande generosidad..." pero con el poder "se ha convertido en un tirano orgulloso, se ha olvidado de que es hombre y su dureza extrema le hace ser el azote de sus pueblos..." (I, p. 162) y más tarde, cuando ya está participando en la entrega de su nación a los conquistadores, el autor tiene para él las mayores censuras que expresa por boca de Teutila: "no tenemos [dice personificando en sí a los mexicanos] más que un gobierno despótico, imbécil y cobarde. Moctezuma, devorado por sed insaciable de poder y riquezas se hace cada vez más odioso... hecho un vil esclavo de las preocupaciones más ridículas, es

el juguete y burla de la bribonería de sus sacerdotes, que le han puesto cadenas hasta en el entendimiento.” (II, p. 17 y 18.)

En las figuras femeninas, la heroína es Teutila. Compañera de Xicoténcatl el joven, es también un personaje tipo, idealizado en todas sus facultades positivas: “una joven india, de una extraordinaria hermosura . . .” (I, p. 43) ; sus cualidades morales son excelsas: novia enamorada y leal, mujer fuerte, hija respetuosa y, además, “una conversación interesante y expresiva daba lugar a la americana [Teutila] para manifestar su talento claro y su carácter noble y sencillo . . .” y, adelante “la inocente y sencilla americana, que no conocía intriga ni doblez . . .” (I, p. 35 y 78 respectivamente). Como se vió líneas arriba, era capaz de acciones dignas de una heroína romana, llegando al tiranicidio y al suicidio para vengar las ofensas propias y las de su pueblo.

De los personajes principales, doña Marina quiso ser el más complicado (acaso sin proponérselo el autor) y tal vez por eso resultó el más fallido y confuso. El autor, sin duda, la odia porque ve en ella encarnada la traición a su pueblo (y éste sería otro indicio del personal sentimiento mexicano del autor) ; por eso la llama “astuta sierpe” (I, p. 115) ; pero cuando seduce a Ordaz el ridículo es él, que protesta y se queja y el autor da una acertada reacción a doña Marina, que se mofa de los aspavientos del seducido: “¡Anda, Catón ridículo! Teme a una mujer enamorada a la que insultas al salir de sus brazos . . . que no te vea yo más . . .” (I, pp. 135 y 136). Ella es coqueta y a veces tiene frases como de una currutaca goyesca: “Hijo mío, es imposible: te juro por mi amor que siento en el alma no poder complacerte. Escúchame, amiguito mío: tú conoces el carácter altivo y soberbio de Hernán Cortés, yo no soy más que una esclava suya, y sin remedio sería la víctima de su cólera si me apartara un ápice de sus órdenes terminantes . . .” (I, pp. 193-194). Con todo y su odio el autor la admira, como a los otros personajes indios, el reproche es siempre el haberse aliado a los extranjeros; el juicio es claro: “Violenta en sus pasiones, y viva y traviesa en sus talentos, esta americana hubiera podido ser una mujer apreciable, sin la corrupción a que se la adiestró, desde que se reunió a los españoles” (II, p. 67-68).

El amor se manifiesta en varias proyecciones: noble, exaltado, devoto a la patria, austero y sereno en lo familiar, idealizado y acusadamente romántico en lo sentimental y pasional, con los perfiles tan característicos y conocidos de esa modalidad, tal como se le ve en la novelística a partir de Bernardino de Saint-Pierre y antes de que el romanticismo

decayera en la crisis que le dió fin. La línea amorosa es siempre sencilla, los obstáculos con los que choca, cuando no son circunstancias exteriores; son sus propios derivados: los celos, la inquietud, la ansiedad y, llevando todo a una extremidad también romántica, la desesperación; pero no hay complejidades psíquicas que disocien el sentimiento amoroso básico que está tratado según la modalidad contemporánea, en esos comienzos del siglo pasado.

Respecto a las ideas que la novela contiene, las más abundantes y sobre todo las de más interés son las de carácter histórico, político y religioso, tanto sus curiosos puntos de vista y de crítica en sucesos de nuestra historia, como por cuanto revelan la mentalidad nutrida con la ideología francesa de la "Ilustración" y el apasionamiento con que el autor miraba aquella tragedia —¡tan lejana en el tiempo y para él tan cerca del sentimiento!— en que unos pueblos habían caído bajo la conquista militar y política de otro para ellos extraño; y ese aspecto de los intereses enfocados y la violencia con que esgrime sus argumentos hacen pensar en que el autor fue, de seguro, un luchador activo en aquella hora del liberalismo incipiente y romántico, muy probablemente un hispanoamericano exiliado y acaso, posiblemente un mexicano.

Pues acontece que, en cuanto a las ideas, hay breves toques con alusiones al destino, pero no alcanzan a ser propiamente un fatalismo, más bien son referencias en que el destino es una excusación de la derrota indígena, y la novela empieza con esta frase: "Estaba escrito en el libro fatal del destino la caída del grande imperio de Moctezuma..." (I, p. 5) y luego, de cuando en cuando, otras semejantes corroboran la idea: "...el destino había decidido que el valor, la prudencia y el patriotismo se estrellasen contra la irresistible fuerza de sus decretos..." (I, p. 95).

La influencia de las ideas del siglo XVIII francés, como dije, es notoria e impregna de tal modo la obra que llega a la saturación; sería, pues, superfluo dar ejemplos de todos los aspectos en que dichas ideas se manifiestan, y nada difícil encontrar sus raíces, tan obvias están, como se ve en párrafos como estos, que muestran al convencido lector de Rousseau: "...todos [los indígenas libres] sucumbieron a las artes e intrigas europeas que un puñado de ambiciosos supo manejar contra su sencillez y contra su diferente manera de vivir..." (I, p. 6 y 7), y este otro: "...una conversación... sobre la hospitalidad, en la que la americana [Teutilla] manifestó unos sentimientos tan puros y tan decididos

sobre la práctica de esta virtud, como era de esperar de un alma sencilla, no corrompida por las artes de la civilización..." (I, p. 46).

Con frecuencia no es sólo la influencia del *Emilio*, también del *Contrato Social* y la doctrina de Montesquieu: "Su gobierno [el de Tlaxcala] era una república confederada: el poder soberano residía en un congreso o senado, compuesto de miembros, elegidos uno por cada partido de los que contenía la república. El poder ejecutivo y al parecer también el judicial residían en los jefes o caciques de los partidos o distritos, los que, no obstante, estaban subordinados al congreso, y éste en los casos judiciales admitía también las apelaciones de sus sentencias. Los cuatro barrios de la capital eran considerados como cuatro distritos independientes. Se quiere que una antigua tradición conservase la memoria de los tiempos remotos en que Tlaxcala fuera gobernada por un solo y poderoso cacique o rey; pero que el pueblo se sublevó contra los excesos de su autoridad y después de haber recobrado su soberanía, se constituyó en república» (I, pp. 10-11); como es lógico nadie impugnará mejor la tiranía, en esas páginas, que el héroe, así dice a Ordaz el joven Xicoténcatl: "No me es posible concebir... cómo unos hombres que sin duda tenéis valor [se refiere a los españoles en general] y algunos también virtudes, estéis sometidos a un déspota, que cuanto más poderoso sea tanto más os tiranizará. El gobierno de uno solo no me parece soportable sino en los pueblos cuya ignorancia los hace incapaces de mirar por sí mismos, o cuyos vicios y envilecimientos los hacen insensibles a la opresión. Este gobierno tiene para mí el grande inconveniente de la natural propensión del hombre a abusar del poder; y cuando el poder de uno solo domina no hay más leyes que su voluntad. ¡Desgraciado el pueblo cuya dicha depende de las virtudes de un hombre solo!..." (I, pp. 160-161), y luego prosigue, adelantando en su doctrina revolucionaria: "Un hombre que tenga el mando absoluto puede oprimir y vejar a su pueblo; pero si este pueblo tiene virtudes, la injusticia irritará su honrado resentimiento y él sabrá tomarse por su mano una venganza noble y eficaz, usando de sus derechos naturales..." (I, p. 163).

Tanto como las ideas políticas, las religiosas muestran igualmente la dirección deísta y moral más extendida y frecuente entre los filósofos de la "Ilustración" (salvo las conocidas excepciones radicales y los matices individuales). Xicoténcatl el viejo se burla de las supersticiones y hasta Ordaz (que, aunque español, es el "héroe" de una trama secundaria y personaje positivo o simpático para el autor), desconoce la Providencia en el sentido de la doctrina católica (I, p. 144). Ya próximo

el final de la obra doña Marina presenta un cambio inesperado y curioso; tal parece como si a pesar de haberle cargado tan negras tintas arrepentido el autor de haber tratado así a uno de los personajes indios más importantes de la conquista quiso redimir a doña Marina, haciéndola retractarse de la religión cristiana (es decir, de su unión a los españoles) y volver a su tradición indígena; doña Marina, conmovida por la angustiosa muerte del traidor Maxiscatzin, se retracta ante fray Bartolomé de Olmedo diciéndole: “Extranjero, la ambición de pasar desde la condición de esclava a ser la querida de un hombre poderoso me arrastró a abjurar de la religión de mis abuelos por la vuestra. Aunque poco instruída en la doctrina de esta religión, sobre la que tú mismo vacilas y te contradices continuamente veo, no obstante, en vosotros la monstruosa mezcla de las máximas más justas y más dulces con los hechos más atroces y más inicuos, y de los discursos más profundos y delicados con los absurdos más necios y despreciables. Cuando yo seguía mi culto sencillo y puro, pues que salía de mi corazón, cuando yo era una idólatra, según tú me llamabas, no fui una mujer virtuosa... pero desde que fui cristiana mis progresos en la carrera del crimen fueron más grandes... Abjuro para siempre de una religión que me habéis enseñado con la mentira, con la intriga con la codicia, con la destemplanza y sobre todo con la indiferencia a los crímenes más atroces...” (II, pp. 133-134).

Xicoténcatl sr. es el más claro exponente del racionalismo caro al autor; ya sabemos que es un deísta: “¡Primera causa que gobiernas el mundo! ¿cómo permites tanta maldad?” (I, p. 65) y lo reafirma en diversos lugares, pero en donde mejor expresa sus opiniones es en una controversia que sostiene con fray Bartolomé de Olmedo cuando éste quiere convertir al viejo senador al catolicismo, por instancias falaces de Cortés; aunque la cita es larga, no quiero prescindir de transcribirla por los muchos datos que contiene en sus ideas que, sin duda ninguna, son las propias del autor puestas en boca del más noble de sus personajes; la escena toda, en lo substancial, dice:

“...el buen capellán [Olmedo]... le habló de esta manera: Hermano, pues que todos somos hijos de un mismo Dios, todos debemos amar a nuestro padre común y a nuestros hermanos que son todos los hombres.—Me sorprendes, extranjero, con unas máximas tan conformes con las que existen en mi corazón, cuando vuestras acciones son tan contrarias a estas mismas máximas... —Venimos a poneros en el camino de la salvación; venimos a daros a conocer a Dios, al único y solo Dios verdadero... —Yo sé que

hay un Dios [habla Xicoténcatl] esto es un Ser muy poderoso que ha ordenado todo el universo. Dentro de mí mismo lo siento en las cosas más abstractas lo mismo que en las más materiales. Hasta aquí llegan mis conocimientos, pero pues tú los tienes mayores, según dices, dame a conocer este Dios... del que yo no tengo más idea que la que me dan sus obras. —Ese mismo Dios creador, hacedor... nos ha revelado sus misterios [habla Olmedo] y la religión que profesamos. —Yo no concibo [dice Xicoténcatl] cómo puede haberse creado el mundo, porque no concibo que de la nada pueda salir nada, y mi imaginación reposa cuando lo supongo tan antiguo como su Ordenador... la inteligencia y el poder del que ha ordenado el mundo son muy grandes sin duda, pues que han sido suficientes para tan grandes efectos, pero mis conocimientos no pueden pasar de aquí. Mas, supuesto que tú me dices que Dios ha revelado sus misterios, instrúyeme en ellos, dime cuáles son. El padre capellán entonces le refirió los artículos de fe, el anciano le pidió la explicación de los misterios que contienen, y habiéndole respondido que son *misterios* superiores al alcance de nuestro entendimiento, replicó con viveza: Luego Dios no ha revelado nada, ¿y tú quieres hacerme creer que ese Ser tan sabio ha comunicado unas cosas que repugnan a mi razón? ¿Qué fin podría haberse propuesto en una conducta semejante? —El de probar tu sumisión a su voluntad, el de que reconozcas tu pequeñez y tu ignorancia. —¿Y qué necesidad hay para eso de unos misterios tan contradictorios y absurdos cuando tengo mi juicio, que continuamente está midiendo mi flaqueza...?

[Luego refuta Xicoténcatl la existencia de los milagros]: “Mira, extranjero, un milagro es una cosa imposible y el creerlo ofende la sabiduría el poder de ese mismo Dios que tú llamas infinitamente sabio y poderoso. Todo lo que nuestra inteligencia alcanza a conocer en este mundo está ordenado por leyes inmutables, y con una relación tan íntima que cualquiera de éstas que se infringiera faltaría enteramente el orden de las cosas...”

[Fray Bartolomé habla de moral y dice:] «...he aquí su resumen: Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a tí mismo, dime ahora que no es divina la religión que te ordena esa conducta. —Sin duda, mi amigo, esas reglas vienen de Dios; ellas están aquí en mi pecho... Sí, yo siento que es menester ser justo y benéfico, y esto lo sientes tú que vienes de regiones tan distantes,

como losienten más de veinte naciones que pueblan el país que yo conozco... luego esto viene de Dios. Si quieres que yo adore este Dios contigo dame ese manjar blanco que tú le ofreces, pues me es indiferente ofrecerle un poco de copal o cualquiera otra cosa, con tal que le manifieste mi reconocimiento. Observa los animales domésticos cuando nos halagan: cada uno lo hace a su modo, y nosotros no nos cuidamos de la manera con que se explican y atendemos sólo a lo que manifiestan sus señales. Así el Autor de la naturaleza no atenderá sin duda más que a nuestra intención... Ahora voy a darte un consejo: predica la práctica de esas reglas de tu religión entre los tuyos. Pero, amigo, ¡predicar una doctrina semejante con la guerra, el libertinaje y los vicios más escandalosos! ¡Qué contradicción! ¡Dios mío! Estos sucesos ponen a prueba mi creencia de tu sabiduría. Fray Bartolomé no iba preparado para tan terrible ataque y así, pretextando que su deber lo necesitaba en otra parte, salió sin grandes deseos de continuar en la conversación del anciano tlaxcalteca...» (II, pp. 46-57).

Finalmente, en el examen de las ideas que la novela contiene, preciso señalar las constantes censuras, hasta el tono más violento, de la conquista y de todo lo que a los conquistadores españoles atañe: sus doctrinas, sus hechos militares y políticos, su gobierno y sus personas mismas desatan en el autor la más honda animadversión y hasta la admirada república de Tlaxcala es durísimamente censurada cuando, derrotados los dos Xicotécatl, el senado pactó la alianza definitiva con Cortés y le concede facultades casi omnímodas en el mando militar y en el juzgar los delitos por las leyes españolas, prescindiendo del fuero judicial autóctono:

“La fatalidad condujo al fin, a aquel cuerpo, en otros tiempos tan respetable, al último grado de prevaricación, y el poder judicial fue abandonado al arbitrio de un extranjero hábil y poderoso. La soberanía de los estados es como el honor de las mujeres: cuando los pueblos la conservan intacta, son respetados y estimables, como lo es la mujer honrada en todos los países; mas cuando el interés, la corrupción, la debilidad o cualquiera otra causa les hacen ceder su apreciable joya, ni los unos ni las otras son más que objeto de desprecio, dignos, cuando más, de lástima y de conmiseración. Sin embargo, los pueblos pueden revivir el honor y lavar su envilecimiento, reconquistando con valor lo que les arrancara el torrente

de la fatalidad. Empero, la infeliz república de Tlaxcala fue condenada por entonces a sufrir por largas edades el digno castigo de su vil prostitución.” (II, pp. 125-126.)

Al iniciar su relato, el autor alude a las calamidades que las guerras ocasionan y luego da en estas líneas su juicio sobre la conquista de nuestro país: “...la completa destrucción de un imperio inmenso, de una república considerable (Tlaxcala) y de una multitud de estados menores... emprendida y llevada a cabo por una banda de soldados al sueldo y órdenes de un déspota que tenía su trono a más de dos mil leguas de distancia, era una suerte reservada sólo para los malafortunados habitantes de la América Occidental...” (I, p. 6.) En cuanto al propio Cortés igualmente desde las páginas primeras es enjuiciado duramente por Xicoténcatl sr. que, hablando del conquistador, dice: “Esa benignidad que se nos pondera es una hipocresía atroz y abominable. Su lenguaje es este: Yo vengo a esclavizaros a vosotros, vuestros pensamientos, vuestros hijos y vuestra descendencia; vengo a destruir vuestro culto y haceros apostatar de vuestra religión; vengo a violar vuestras mujeres y vuestras hijas; vengo a robaros cuanto poseéis; si os sometéis gustosos a tanto envilecimiento, mi *soberana benignidad* os reserva el alto honor de que seáis mis aliados para que perezcais peleando contra mis enemigos...” (I, p. 30). Un fragmento más considero necesario transcribir por lo que en él hay de juicios acerca de Cortés, de la conquista, de la colaboración indígena en esta última y de las ideas libertarias que el autor propugna. El autor acusa a Cortés de haber asesinado a Xicoténcatl el joven obligándolo a desobedecer la orden de no moverse de cierto punto militar, luego haciéndolo atacar por otras fuerzas, aprehendiéndolo herido y, sin proceso judicial, haciéndolo morir en el cadalso después de prisión y tormentos; todo ello con aspecto de verdad histórica, y a eso se refieren estas líneas con las que comienza el libro VI, último de la novela:

“Cuando el poder arbitrario llega a asesinar a un hombre virtuoso, cubriendo este horrible atentado con una farsa judicial, tan ridícula como insultante y cuando el despotismo descarga así su mano de hierro a presencia de un pueblo que no le ahoga o despedaza en la justa indignación que debe excitar tan bárbara tiranía, ese pueblo sufre justamente sus cadenas y aun estas son poco para lo que merece su cobarde y vil paciencia. La *Justicia* es el alma de la *Libertad*, y esa matrona benéfica, manantial fecundo y único de todos los bienes sociales, es tan celosa de su pundonor, que vuelve



la espalda al país que no sabe vengar sus insultos, y abandona la generación presente y las futuras a la orfandad y a la esclavitud...

Tal fue la infame política que condujo a Hernán Cortés para llevar a su fin la gran tragedia que va a llenar de horror las páginas de este libro [la muerte de Xicoténcatl jr.] en vano los historiadores intentan encubrir la negra infamia con que se cargó para siempre aquel insolente y astuto cuanto afortunado capitán; en vano el vértigo monárquico que ha embrutecido por tantos tiempos la Europa, nos ha privado de los documentos históricos más preciosos sobre la república de Tlaxcala; el ojo perspicaz del filósofo sabe distinguir entre el fango y la basura que ensucian el papel de las historias algunas chispas de verdad, que no han podido apagar ni el fanatismo ni la servil adulación... (II, pp. 167-169).

He dedicado tanto espacio, con citas tan extensas, al elemento de ideas y sentimientos porque considero que en ello está el aspecto principal del libro, la finalidad con que fué escrito, lo más característico de él y, por lo mismo, el mejor indicio que pueda tal vez conducir a encontrar o identificar a su autor.

Quedaría como elemento restante por analizar el lenguaje o estilo de la novela; no pongo en ello particular atención porque, para ser fructífero, requería un examen pormenorizado y comparativo examinando también el lenguaje en otros escritos españoles e hispanoamericanos de la época y, sobre todo, entre los que formaron el grupo de Filadelfia (hubo allí personalidades tan notorias como la del ecuatoriano don Vicente Rocafuerte y visitantes transitorios como fray Servando Teresa de Mier) y el de Nueva York, desde antes de 1810 en que se inicia la lucha de Independencia en las colonias españolas hasta 1833 que la muerte de Fernando VII dió fin a las persecuciones contra los liberales y "afrancesados" y, sobre todo, contra las logias masónicas.

La ortografía es un tanto anárquica, especialmente en el uso de la *j* y de *g*: *dirijió*, *proteje*, *gefe*, *homenage*; usa la *i* en final de palabra y en vez de la *y*: *frai*, *hoi*; señala gráficamente la acentuación en voces paroxítonas y, en cambio, prescinde de la tilde de las oxítonas, pero tanto en uno como en otro caso no hay regularidad sino variaciones sin plan ninguno; más regular es la acentuación de la preposición *a*. No creo que de todo eso pueda inferirse conclusión importante pues tales irregularidades eran frecuentes en España y en Hispanoamérica a fines del siglo XVIII y en los comienzos del XIX.

Los nombres mexicanos están castellanizados por un fonetismo aproximado: "Motezuma", "Magiscatzin", "Jicoténcal", "Tlascala", etc., y en algunos casos hay formas arbitrarias, como "Zocathlan", que a nada corresponden puesto que *th* no tiene sonido especial en castellano ni en náhuatl.

El pronombre *cuyo* se encuentra usado defectuosamente por *al cual* (págs. 158 y 187 de la primera parte, por ejemplo). Hay algunos cultismos y es notable, por sus repeticiones, el uso de la voz *patricida* no en el sentido de parricida (con lo cual sería voz anticuada, como lo señala el Diccionario de la Academia), sino literalmente para señalar o calificar a quien da muerte u ocasiona la muerte de la patria.

Pero, en verdad, nada de estos defectos y circunstancias gramaticales y de lingüística pueden, aislados y por sí solos, entregar conclusión alguna; son únicamente datos que pueden servir de apoyo, en el mejor de los casos, en un estudio de comparación con otros escritos de los publicados por aquel grupo de habla castellana, en la Filadelfia de las tres primeras décadas del siglo pasado y, por analogías y diferencias tales datos pueden rendir frutos hoy ignorados.

\*

Novela desconocida e ignorada puede hoy llamarse a ésta y así lo comprueba la bibliografía escasísima en la que de ella hay referencias, pues mientras de otras novelas hispanoamericanas de la primera mitad del siglo (de Mármol, Gómez de Avellaneda y nuestro "Pensador") hay monografías y juicios particulares en historia y tratados; de *Jicoténcal* apenas encuentro, salvo alusiones al puro título y ellas muy pocas, cinco referencias de importancia que paso a ver siguiendo su precedencia cronológica.

En 1939 publicó John Lloyd Read su estudio sobre la novela histórica mexicana y allí trata de *Jicoténcal* con especial cuidado; pues describe el libro, refiere el asunto, señala influencias, destaca las ideas más importantes y termina con estos juicios, que es aquí lo más importante y que transcribo para seguir en estas referencias de crítica, un sistema análogo al que he usado respecto de la propia novela. Dice J. Ll. Read:

"... From a literary standpoint this novel is mediocre. The tone at times artificially sentimental, the description of characters is so general and vague that they appears mere abstractions, and the criticism of social forces is so scattered and lacking in logical arrangement that no definite unity exists. The author frequently abandons

the novel and becomes an essayist... The authorship of *Jicoténcal*, published in Philadelphia in 1826 remains an unsolved problem..."<sup>2</sup>

El libro de Read mereció un amplio comentario de Pedro Henríquez Ureña, magnífico como suyo, que dedicó estas líneas, tan llenas de contenido y de crítica penetrante y certera, al asunto de este estudio:

"La primera novela que studia Read, es *Jicoténcal*, tiene una curiosa significación: es la primera de asunto histórico escrita en castellano durante el siglo XIX y precede en dos años a la primera de autor nacido en España, *Ramiro, Conde de Lucena*, de Rafael Humara (París, 1828). No cabe pensar que el autor de *Jicoténcal* sea otra cosa que americano: las censuras a los conquistadores son demasiado fuertes hasta para un español liberal de entonces. Y la especie de patriotismo indígena que alienta en la obra hace pensar que el autor ha de ser mexicano. Otra circunstancia curiosa: *Jicoténcal* es la primera obra plenamente romántica que se escribe en nuestro idioma; su publicación antecede a la de los primeros poemas románticos... Pero es antecedente aislado; la obra se conoció poco y no ejerció ninguna influencia en el movimiento romántico..."<sup>3</sup> Eso mismo lo ratificó, poco después, en términos de igual sentido aunque más concisos: "Tampoco en la novela histórica, género literario tan estrechamente relacionado con el movimiento romántico, esperó la América española el ejemplo de España. *Jicoténcal*, relato basado en la conquista de México se publicó en Filadelfia en 1826; su autor anónimo fué, probablemente, un mexicano..."<sup>4</sup>.

Una opinión disidente es la del historiador Enrique Anderson Imbert, que acepta en parte a Henríquez Ureña sólo en la procedencia de la

2 JOHN LLOYD READ. *The Mexican Historical Novel*. 1826-1910. Ed. Instituto de las Españas en los Estados Unidos, New York, 1939, pp. 80-97.

3 PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1949. P. 128 y una nota complementaria, importante, en p. 243.

4 PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. Nota crítica a "The Mexican Historical Novel de J. Lloyd Read", en *Revista de Filología Hispánica*, Año IV, p. 189. Buenos Aires, 1942.

En fecha posterior, también se inclina por la hipótesis de la mexicanidad en el autor de la novela, pero sin dedicarle más que una breve alusión, el historiador y crítico RALPH E. WARNER, en la página 10 de su *Historia de la Novela Mexicana en el siglo XIX*. Colección Clásicos y Modernos, vol. 9, Antigua Librería Robredo, México, 1953.

novela en cuestión, pero rechaza la hipótesis de la nacionalidad del autor y hasta la clasificación genérica de la obra. Los puntos más importantes de la tesis que sustenta el investigador citado son estos:

“... La primera novela histórica escrita en castellano apareció en América, no en España: *Jicoténcal*, que trata de la conquista de México y sigue la Crónica de Solís.

Según don Pedro Henríquez Ureña *Jicoténcal* fué el primer signo del romanticismo hispanoamericano, no sólo anterior al español, sino también en “completa independencia de España”. Y agrega que no cabe pensar que su autor anónimo sea otra cosa que mexicano: “las censuras a los conquistadores son demasiado fuertes hasta para un español liberal de los de entonces.”

Permítaseme dudar. La significación de *Jicoténcal* en la historia es mucho más complicada.

Ante todo, no me parece que sea novela romántica. Por lo pronto no hay rasgos de Walter Scott. No se cuenta: se predica. Su sentimentalismo procede más bien de las novelas históricas prerrománticas de Francia...

Tampoco es fácil afirmar la nacionalidad mexicana del autor de *Jicoténcal*. Por encima de las fronteras políticas, los liberales de España y de Hispanoamérica trabajaron juntos. La lucha contra el absolutismo los unía. Aun los temas de la Independencia americana, de las tradiciones indígenas y de la condenación a los conquistadores eran comunes. No niego la posibilidad de que un mexicano escribiera *Jicoténcal*; lo que digo es que sus censuras a Hernán Cortés están inspiradas, no por patriotismo mexicano, mucho menos por espíritu indigenista, sino por las ideas nacionalistas, humanitarias y liberales de la Ilustración...

Pero mientras no se resuelva este misterio del autor anónimo, es legítimo incluir *Jicoténcal* en la historia de la literatura hispanoamericana. Fue la primera novela histórica escrita en castellano en el siglo XIX, su asunto fué hispanoamericano y precedió en dos años a la primera de autor español conocido.”<sup>5</sup>

Dos son, pues, los puntos de Anderson Imbert en sus estudios citados, respecto a la novela *Jicoténcal*: a) que su autor puede ser tanto hispano-

---

5 ENRIQUE ANDERSON IMBERT. “Nota sobre la novela histórica en el siglo XIX”, en *La Novela Iberoamericana*, Memoria del V Congreso del Instituto Internacional de la Literatura Iberoamericana, Albuquerque, N. M., 1951. Ed. a cargo de A.

americano como es probable que haya sido español; b) que la novela es la primera novela histórica en castellano pero no es novela romántica.

Acerca del primero de esos dos puntos me permito objetar lo siguiente: el señor Anderson Imbert plantea su duda sobre el fundamento que los liberales hispanoamericanos y los españoles estaban estrechamente unidos, no solamente en la lucha política presente sino también en la apreciación de tradiciones y conceptos históricos que compartían; pero los datos demuestran lo contrario: la unión de liberales españoles e hispanoamericanos ni entre los grupos en el exilio fue uniforme ni constante ni definitiva, se acentuaba cuando había un enemigo común e inmediato pero en cuanto a juicios históricos no existió ni en forma transitoria, al menos en conjunto pues si había excepciones fueron tan personales y aisladas que nada prueban.

Hace algunos meses salió a luz uno de los más completos y documentados estudios acerca de las primicias del liberalismo y del romanticismo español, florecidos en suelo inglés entre los exiliados víctimas de Fernando VII; allí se encuentran párrafos como estos:

“Torrijos, después de trazar una excelente biografía del general [Miller] ... considera deber suyo responder a las acusaciones que en la obra se hacen contra España por su dominación en América. Lo que Torrijos trata de señalar principalmente es que los males del sistema español no eran privativos de España sino de toda colonización, y que es injusto “querer juzgar a los conquistadores ni a sus descendientes por los principios que actualmente gobiernan al mundo.”<sup>6</sup>

---

Torres Ríoseco, The University of New Mexico Press, Albuquerque, N. M., 1952. En fecha posterior el mismo autor expuso, más brevemente, la misma hipótesis en su obra: *Historia de la literatura hispanoamericana*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica, vol. 89, México, 1954, pp. 90 y 91.

6 Ya entonces, en 1829, y también desde medio siglo antes los españoles incurren en esta equivocación que aquí muestra J. M. Torrijos: el defender a los conquistadores de ataques de criollos considerándolos como sus antecesores ofendidos por extraños. La verdad es otra: cuando nosotros, los criollos y mestizos de Hispanoamérica censuramos los actos de los conquistadores y pobladores es a nuestros antepasados a quienes censuramos, porque los españoles peninsulares de hace 150 años y de hoy descendían y descienden (hablo en general) precisamente de españoles *que no vinieron a conquistar ni a poblar*, y con los cuales nada tenemos que ver nosotros. En resumen, podríamos decir que esto de los ataques a conquistadores son “discusiones de familia”, de familia hispanoamericana, en las cuales indebida-

Durante la emigración... no faltaron meros síntomas de hostilidad entre españoles liberales e hispanoamericanos...<sup>7</sup>

Sin duda toda esta documentación podría darse más amplia y más completa. Pero considero que ya estas páginas se han alargado mucho en descripción del objeto tan concreto y limitado que persiguen. Creo que la referencia antes citada puede orientar al lector interesado y confirmar mi opinión de que es totalmente improbable (no digo imposible), que los ataques tan reiterados y virulentos contra Cortés y los conquistadores españoles en general, que abundan en las páginas de *Jicoténcal*, puedan haber sido escritos por un español peninsular.

El otro punto en que estoy en desacuerdo con el señor Anderson Imbert es su opinión de que no sea romántica la novela que estudio, en párrafo citado antes: "Ante todo, no me parece que sea novela romántica..., etc." Es cierto que "no hay rasgos de Walter Scott", pero eso nada prueba genéricamente, pues sin negar el valor y la influencia de Scott, es indudable que ese autor ni es el creador del romanticismo ni todo el romanticismo es Walter Scott. Sin deseo de entrar de nuevo en análisis prolijo y remitiendo al lector a la amplia información de páginas anteriores, yo considero que el predominio agudamente sentimental en la tonalidad general de la novela, en la trama de conflicto pasional y en situaciones culminantes y de clímax, en la psicología de varios de los personajes principales y en el estilo o redacción de muchos párrafos, hacen que la obra deba ser calificada de novela romántica y, a mayor abundamiento el propio Anderson Imbert reconoce que es novela histórica y es bien sabido que la novela histórica es un subgénero surgido con el

---

mente han intervenido y se sienten ofendidos los españoles. Por iguales motivos, pero a la inversa, podemos decir que también los méritos y gloria de esos conquistadores y pobladores es cosa de Hispanoamérica; los antepasados de esos españoles ardientes defensores de la conquista del Nuevo Mundo, fueron los que no participaron en ella: se quedaron en España probablemente como funcionarios o empleados estorbandos con intrigas y papeleo las acciones de los que sí vinieron acá.

7 VICENTE LLORENS CASTILLO. *Liberales y Románticos. Una emigración en Interra (1823-1834)*. Publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica, III. Ed. El Colegio de México. Imp. por el Fondo de Cultura Económica, México, 1954, pp. 134-135. También hay otra referencia semejante en p. 249; y breves alusiones a las actividades del grupo de refugiados políticos españoles e hispanoamericanos en Filadelfia, en pp. 19 y 212.

romanticismo pues, como dice Henríquez Ureña en nota de una de las referencias citadas, no podemos considerar novela histórica a las obras anteriores al romanticismo, como la *Guerras Civiles de Granada*, del siglo xvi u otras semejantes.

Así pues, mi hipótesis no es otra que la de don Pedro Henríquez Ureña, quien aun sin examen muy detenido del problema, por esa intuición u "ojo clínico" de que dio tan frecuentes y magníficas muestras, y que no sería sino su vasta cultura, su perfecto conocimiento del terreno que pisaba y su gran talento, con una simple ojeada de su mirada aguda y certera, pudo dar una opinión que un estudio más detenido y prolijo no hace sino confirmar: *Jicoténcal* es la primera novela romántica en lengua castellana, es una novela hispanoamericana por asunto y lugar de origen; mi opinión personal es que su autor fue un liberal hispanoamericano, cuya confirmación cultural, arraigada y saturada es la "Ilustración" dieciochesca francesa y cuyo personal criollismo se expresan en esa novela que es también un *J'accuse* patético a todo lo que de violencia, villanía y perfidia hubo en la conquista del Nuevo Mundo y también a toda tiranía y sojuzgamiento de que aquélla se vuelve símbolo.

Por otra parte, conviene tener presente que no sería éste un caso tan extraordinario y excepcional, en cuanto a primicias literarias, pues ya también Henríquez Ureña, recordado hace poco por José Luis Martínez,<sup>8</sup> ha hecho notar que el primer poema romántico en castellano es el del argentino Esteban Echeverría que precedió al de Angel de Saavedra. Años más tarde, la gran renovación que significó el modernismo será un fenómeno primordialmente hispanoamericano seguido luego débilmente en España. Todo ello induce a sugerir la necesidad de revisar muchas nociones que vienen repitiéndose tal vez sin justificación. Acaso, por mucho que eso sobresalte y moleste a ciertos tratadistas españoles contemporáneos, pueda llegarse a establecer que en literatura, como en organización social y política, el siglo xix es un estancamiento y retardo de España que se ven superados por la evolución ágil y vital de Hispanoamérica.

Si mi hipótesis de la paternidad hispanoamericana se confirma, *Jicoténcal* sería un caso de novela-ensayo, de relato y ficción combinado con

---

8 PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, pp. 121-122; y JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. *La Emancipación Literaria de México*. Colección México y Lo Mexicano, v. 21. Ed. Antigua Librería Robredo, México, 1955, p. 32.

literatura política, modalidad que tan frecuente ha sido en nuestros países hasta el punto que ya parece género autóctono y naturalmente propio de Hispanoamérica, desde Sarmiento y acaso desde Fernández de Lizardi, hasta Martín Luis Guzmán, pasando por José Mármol, por Montalvo y por otros muchos de los más ilustres escritores hispanoamericanos.

# **JICOTENCAL.**

**TONO PRIMERO.**



**FILADELFIA:**

**IMPRESA DE GUILLERMO STAVELY**

**1826.**